

PRECIOSO IZQUIERDO, Francisco. *Melchor Macanaz. La derrota de un «héroe»*. Madrid: Cátedra, 2017, 439 pp.

El doctor Precioso Izquierdo nos ha dado al publicar su tesis doctoral un gran libro sobre el pionero de la política borbónica reformista, un precursor que abrió caminos luego recorridos por otros como él, hidalgillos medrados, también universitarios y manteístas, siempre en riesgo: tal fue el sino del «reformador» en el siglo de la autoridad regia. Como concluye con tino el autor, «caprichoso arbitrio de una corona que dejaba hacer a sus ministros sin comprometerse del todo con ninguno», descubriendo así desde las primeras páginas la clave del nuevo régimen borbónico basado en la fórmula «Ministros con el rey» que se empezó a aplicar desde la llegada de Felipe V y que acabó originando el consejo de ministros.

El tema central del libro es la carrera del universitario Macanaz, hombre del Derecho que asciende rápidamente desde sus primeros pasos de servidor de Felipe V como juez de confiscaciones, ejecutor de la Nueva Planta en Valencia y Aragón, y fiscal del Consejo de Castilla, y que acaba cayendo en desgracia cuando su proyecto regalista se estrella contra la Iglesia. Intervino el Santo Oficio, que él quiso reformar haciendo del rey «le maître de l'Inquisition», como otros antes y después, y como mal menor, acabó en el destierro en 1715. Luego desempeñó algún papel en la diplomacia y pensó que, de nuevo, llegaba su hora al morir Felipe V y ser proclamado Fernando VI, en 1746. Sin embargo, mucho menos «héroe» que *víctima*, se encontró de

nuevo ante formidables adversarios políticos y, en 1748, fue encarcelado en La Coruña como consecuencia de la malabilidad de los que él creía sus amigos, los ministros Ensenada y Carvajal, y de la envidia del duque de Alba, Fernando de Silva, un personaje que responde a lo que dijo de él el conde de Fernán Núñez: «Hombre cuyo gran talento igualaba a su mal corazón».

Precioso Izquierdo documenta perfectamente la dilatada carrera del «Viejo loco» en su indispensable estudio, pues maneja bien el arsenal de libros y fuentes, directas e indirectas –entre ellas los propios escritos del autor, muy numerosos e interesantes– que, desde los brillantes trabajos de Carmen Martín Gaité –historiadora antes que novelista–, eran más conocidos. Quizás su admiración por *la España posible* de Julián Marías lleva al autor a conceder a Macanaz nada menos que el papel de «héroe» y a hacerle «ejemplo político e inspiración en el camino de la España posible», seguramente un juicio exagerado, pues lo que don Melchor sufrió, como tantos otros metidos en política en el siglo ilustrado, fue la dureza de la *España real*.

Pero el libro no es una biografía clásica de Macanaz, pues el autor dedica un amplio espacio al estudio de los antepasados y los descendientes de la familia, lo que a mi juicio aporta poco a la comprensión del *individuo*, que es lo importante a la altura del siglo XVIII. Entre plebeyos –y Macanaz lo fue como tantos otros ministros de los Borbones– la familia no era ya ni un sostén ni un trampolín. En el siglo ilustrado y reformista que Macanaz inauguró, fue más importante junto con las

cualidades intelectuales del personaje –que quedan en lugar destacado en este caso, en especial su brillante carrera universitaria– la protección de los poderosos, en este caso, del marqués de Villena, así como la pertenencia a un partido –el del rey–, lo que también se destaca en la obra. Pues para estos «ensinadas» –desde Macanaz a Godoy–, exhibir rotundamente su única lealtad –los reyes– fue un salvoconducto en una corte llena de peligros donde había que saber manejarse con suma inteligencia. El propio autor es consciente cuando da cuenta de que uno de sus objetivos es «examinar cómo lo político se convirtió en fuente de promoción y movilidad social» y lo hace, en efecto, al darnos a conocer un Macanaz de una gran solidez intelectual, que ha leído todo sobre el derecho castellano y ha sido, aunque brevemente, profesor en la Universidad de Salamanca. Ya en Madrid, ejerció como abogado y se granjeó una gran fama, como años después ocurrirá con Campomanes. Como este otro fiscal, que fue abogado de la casa de Alba, Macanaz comenzó a trabajar para la de Villena. Acompañó al marqués en las peripecias de la guerra hasta que, nombrado Villena virrey de Nápoles, ya solo, con Amelot y los franceses, siguió al ejército hasta Almansa, y se convirtió en el ejecutor de la Nueva Planta, un proyecto en el que creyó y que, con Ronquillo y otros del entorno regio, puso a la firma del rey, al que quisieron convertir en la única fuente de autoridad, como su abuelo Luis XIV. «El pueblo quiere un rey absoluto, los grandes un figurón», decía el embajador francés.

La brillantez del individuo y su carrera política, sin embargo, contrastan con la insistencia del autor en la importancia de las redes familiares, lo que le lleva a una conclusión en exceso atrevida: el hecho de que la familia Macanaz acabara arruinada en Hellín y sus posibilidades de «crecer localmente» cercenadas al oponérseles «la élite política» local habría sido la causa de que el hijo llegara a un «escenario nacional de posibilidades» y pudiera «participar de lleno en la primera “empresa” de la sociedad estamental, la corona». Yo me inclino más a pensar, por el contrario, en la carrera del individuo de genio despejado que comienza a decidir sobre su vida muy lejos de Hellín, en la Universidad de Salamanca. Quizás pensó, como Cadalso cuando recordaba la suerte que tuvo de poder estudiar en París, lejos de la aldea. Lo paradójico es que, como Precioso comprueba, la familia pudo llegar a ser incluso un lastre para Macanaz, pues, en efecto, una vez empapelado por la Inquisición, se añadió a su causa la sospecha de que tenía «ascendencia de infectos», o sea que en su familia había parientes juicios denunciados al Tribunal en el siglo xvi. A la Inquisición lo que le importaba eran las ideas y las intenciones de Macanaz, pero para infamarle aún más y doblar el brazo del rey no dudó en echar mano del árbol genealógico.

Desgraciadamente, hay poca documentación para seguir a don Melchor en su exilio y no hay novedades en el libro en cuanto a lo que sabíamos sobre su último castigo en 1748, esta vez arrastrando a su mujer y su hija a la desgracia a la edad de 70 años. Luego, ya con menos interés, Precioso

nos conduce por los vericuetos de la descendencia hasta dar con los últimos vástagos en el reinado de Fernando VII.

En suma, estamos ante un buen libro y un buen historiador que, con estilo diáfano, hace comprender al lector el enorme esfuerzo que suponía reformar la política en la España agarrotada que recibió Felipe V. Pero, insisto, mucho mejor cuanto más aparece don Melchor, menos interés cuando se trata de sus parientes, o menos aún cuando se pretende una imposible «hora murciana» buscando el parangón con la conocida «hora navarra» de Julio Caro Baroja. Pues la preeminencia en los proyectos borbónicos de esa «tropa de salvajes» que bajó de las montañas del norte, navarros y *vizcaínos*, para

ocupar altos puestos en la administración borbónica, incluidos los ministerios, los obispados y los altos cargos militares, venía de muy atrás y fue la expresión, en efecto, de lazos de familia y apoyos de paisanos en una región de permanente emigración «privilegiada» de hidalgos universales. Nada parecido al caso de Murcia, donde lo importante es que hubo un ministro «hecho a sí mismo» –sea Macanaz o Floridablanca–, un hombre que despunta gracias al instrumento novedoso del siglo, la meritocracia. «Luces e instrucción» pedía para todo el ilustrado riojano Félix de Samaniego: las que tenía, sin duda, don Melchor de Macanaz.

José Luis Gómez Urdáñez